

—M Y —N IMPLOSIVAS EN EL ESPAÑOL DE PANAMÁ

Entre los fonemas consonánticos del sistema castellano (que según el inventario de Alarcos Llorach son 19) las nasales presentan una frecuencia de 9.10 %. Y en la comparación que él mismo ofrece con respecto al propio recuento frente al de Navarro Tomás y al de Ziff y Rogers, el detalle es el siguiente:

La /m/ 2.50 %, frente a 2.40 en N, y 2.98 en Z-R.

La /n/ 2.70 %; 2.94 en N; y 5.94 en Z-R.

La /ɲ/ 0.20 %; 0.36 en N y 0.36 en Z-R.

El archifonema /N/ 3.70 %.

Como se advierte, las cifras son casi coincidentes, con excepción de la /n/ en Z-R, cuyo cómputo arroja más del doble que el de Alarcos y que el de Navarro Tomás, lo cual explica Alarcos como consecuencia de que Z-R no distinguieron los casos de neutralización.

En cuanto a la mayor figuración de la /m/ y de la /n/ con respecto a la /ɲ/ es lógico pensar que (aparte el hecho de fonética histórica de que esta articulación no existía en la lengua madre) se debe un tanto a que silábicamente la bilabial y la alveolar pueden ocurrir como prenucleares o como postnucleares, mientras que la palatal sólo puede presentarse en el primer caso.

Si bien la condición de explosiva representa una ventaja en cuanto a tensión muscular y en consecuencia en cuanto a precisión articuladora y perceptibilidad del sonido, de todos modos en el habla vulgar, y particularmente en la rústica, la /ɲ/ alterna en el uso con otras articulaciones palatales como la /ç/ y la /j/. Yema de huevo: [néma e gwébo], [yó me námo], [peɲiskár].

Como es general en el mundo hispánico, el habla culta, formal e informal —(esquema Rabanales)— no incurre en tales confusiones, que ni siquiera se producen en los niveles culturales medios. Sí en el habla cam-

pesina, que naturalmente suele escucharse también en las ciudades, ya que en ellas se da la concurrencia de hablantes de la más diversa procedencia, nacional y extranjera.

Las neutralizaciones que se cumplen entre las nasales en distensión silábica sí abundan en el habla popular, y también se registran en la culta informal, y a veces en la formal, particularmente la [ŋ] velarizada. En habla popular este alófono alterna con fonemas velares orales como la /g/ [iŋnoráŋsja] [iŋsíŋnja] (mucho más usada que *enseña*), [persiŋnarse]. En este último vocablo suele desaparecer del todo: [persinarse].

La expresión oral es rica en ejemplos ilustrativos; mientras que la escritura, mucho más cuidada que la pronunciación, muy poco incurre en tales alternancias; de vez en cuando se leen en algún letrero de propaganda o en las leyendas que por costumbre se pintan en los automóviles para el transporte colectivo, como ésta que reza: "Mi buena fe parece inocencia".

Puesto que el modo de articulación nasal (que como rasgo relevante en español se cumple en sólo tres fonemas) aporta información suficiente para la función distintiva que las unidades mínimas de la segunda articulación efectúan en el mensaje, en distensión silábica la neutralización m/n es tan frecuente que en la cavidad bucal alterna desde el punto de articulación bilabial, pasando por el alveolar, hasta el velar, y por éste desemboca a veces en el modo de articulación oral: [kolúgna], en habla vulgar.

Por ello pocos fonemas despiertan tanto interés en cuanto a riqueza de alófonos. En un mismo entorno fónico se registran variantes según la norma vigente en cada una de las regiones geográficas por las cuales se extiende el idioma español y según el nivel cultural de los usuarios. También otras circunstancias más o menos eventuales que rodean el diálogo intervienen como factores importantes en el plano fonético.

Es preciso considerar de manera especial el grupo —mn—, presente en algunas voces cultas procedentes del griego, como *amnesia*, o del latín, como *insomnio*; otras de ellas de origen griego pero latinizadas y luego castellanizadas sólo en la desinencia, como *gimnasio*, *himno*. Aunque ya desde el latín el grupo —mn— inició en muchas palabras una evolución que en castellano llegó hasta la nasal palatal (ejem. *sueño*), ocurre que hay vocablos que han cumplido una evolución mínima, y debido a su mención diaria en algunas instituciones (la escuela, la iglesia) se han convertido en términos de uso tan frecuente que todo niño de edad escolar cuenta con ellos de manera completamente normal e incluso necesaria, en su vocabulario cotidiano. Así se registran las siguientes realizaciones populares de *himno* y *gimnasio*: [íŋno], [hiŋnásjo].

Es común que la —m desinencial de ciertos latinismos muy empleados en el lenguaje burocrático, se realice como [ŋ]: [memorándulɪ]. (Todavía no se ha generalizado aquí la forma castellanizada *memorando*, propuesta por la Academia Española); en habla informal se escucha: "un memo". Otra de estas voces es [simpósjuŋ].

No faltan casos de habla popular en que entre la —n final de palabra, seguida por una m— inicial de otra palabra, o bien el grupo —nm— interior de palabra (ejemplo *conmigo*), se dé una nasalización de la vocal de la primera de ambas sílabas y la nasal implosiva se pierde: [kõmígo]; [ĩmedjátamẽte]; [sĩ motĩbo]. Pero lo más corriente es que se produzcan así: [ŋm].

La más común de las realizaciones nasales en posición postnuclear es la [ŋ] velarizada. En Panamá es tan normal en todos los niveles que aun dentro del habla culta formal la norma impone esta variante: [úŋ ómbre]; [bwéŋ aktór]; [úŋ espesjalista]; [si ʔ ayúda]. La realización alveolar impresiona como atildamiento en estos casos. Hay que destacar este hecho, porque dentro de cada grupo fónico, el *continuum* fónico parece confirmar la tendencia castellana a la sílaba abierta, lo cual en estas circunstancias determinaría un comportamiento articulatorio explosivo de la nasal seguida de vocal; pero no sucede así en el habla panameña, sino que la velarización actúa como límite de palabra, y más aún, también suele actuar como límite de morfema en algunos compuestos perfectos como *inhibiciones, enhorabuena, inherente*, etc. Sin duda en este último caso opera el principio con el que Menéndez Pidal explica algunas diferencias entre los términos que se captan por el oído y los que ingresan al caudal léxico mediante la lectura; pues en la realización, algo frecuente, [iŋibisjónes] la velarización de la nasal constituye señal demarcativa afonemática.

Seguida por una bilabial, ocurre la asimilación de la /n/ como es general en el mundo hispánico: [úm poéta]; [úm bjáhe]; [sim parár].

El grupo —nn— no suele simplificarse o reducirse a una sola nasal, sino que en él se cumple una disimilación mediante la articulación velarizada de la implosiva: [iŋnobasjón].

Es curioso el hecho de que la /n/ ante alveolar /s/ se realice frecuentemente como velar, como en la mayoría de los casos en que la nasal ocupa una posición postnuclear. Bien cuando ambas funcionan como implosivas (ejemplo *trans*), o cuando solamente la /n/. Es posible que sea la lentitud articulatoria la que mantenga la disimilación: [transbordár], [iŋsólito].

Desde el punto de vista fonético, quizá sólo la —s implosiva iguala en riqueza de variantes a las nasales, que en sí constituyen elementos dig-

nos de tomarse en cuenta para el estudio de las funciones sintomática y apelativa del lenguaje.

En el eje sincrónico, estas variantes, sobre todo en distribución libre, parecen ilustrar solamente las aludidas funciones expresivas, sin que el valor fonológico propiamente tal se vea afectado. Pero con la *—s* implosiva ocurre que es también el más frecuente alomorfo del morfema de número para indicar el plural, y que su progresivo relajamiento, que en ciertos lugares, según testimonian algunos lingüistas, lo ha reducido a cero, plantea el problema (¿quizá teórico?) de la oposición singular/plural, en la cual el término marcado es normalmente el segundo. Así en la estructuración de los niveles fonológico y morfosintáctico en el código de la lengua, los cambios del uno repercuten de inmediato en el otro, y ello ha llevado a algunos lingüistas a suponer que la marca de plural se cumple en la mayor abertura de la vocal núcleo de la sílaba trabada por *—s > h > ∅*. Es presumible desde luego una mayor abertura articulatoria de dicha vocal en lo que podría considerarse distribución complementaria, pues el alófono velar [h] se pronuncia con menor obstrucción en el canal vocálico para la salida del aire que la que se produce para la [s] alveolar, y ello determina una mayor abertura en la vocal trabada.

Con la /n/ se presenta un caso análogo en cuanto se refiere a su doble función de fonema y de morfema de número, pues en el paradigma verbal marca el plural en la tercera persona en todos los modos y tiempos en que ella ocurre (en el imperativo es inflexión prestada) y también su progresivo relajamiento (ya apuntado por algunos lingüistas) involucra un reajuste en el eje diacrónico, tan complejo como el de la *—s*, e incluso intrincado con éste, porque en la conjugación dicha *—n* se opone a la marca cero del singular de la tercera persona gramatical, pero en la segunda singular hay también una *—s* que no representa la categoría de número sino la de persona (segunda) y que —según se desprende de los esquemas morfológicos de Lidia Contreras— se opone a la marca cero de la primera y de la tercera personas. De modo que esta *—s* —valga la redundancia— no funciona en plural sino en el singular; y su articulación *—h > ∅* también determina abertura vocálica por causas articulatorias de distribución —valga el pleonismo— no por fines de distinción en el mensaje.

De todo lo cual puede inferirse legítimamente que las realizaciones vocálicas abiertas no pasan de ser variantes fonéticas combinatorias sin el valor fonológico que algunos lingüistas les atribuyen, máxime cuando no operan con esa función en el habla real y efectiva de los usuarios.

La lengua española debe su gran flexibilidad sintáctica y mucho de su riqueza expresiva a la abundancia de marcas, de modo que el hablante tiene opción entre unas y otras, como en los casos, que no son los que ahora se tratan, del sujeto desinencial o de la posibilidad de las secuencias progresiva y regresiva en el discurso. La categoría de número se marca en los sustantivos, en los adjetivos, en los verbos. Y casi siempre de manera espontánea, como suele ocurrir en el fenómeno del lenguaje oral, el emisor juega a la opción preferida, o más bien acostumbrada, dentro de la elasticidad que el sistema ofrece. Lo cual confirma el postulado del maestro ginebrino en el sentido de que lo esencial en una lengua es que un signo no se confunda con otro. El tiempo dirá si una supuesta confusión en el mensaje requerirá los reajustes diacrónicos en el sistema.

En cuanto a la alternancia de fonema como n/g, ç/ÿ, etc., frecuentes en el habla rural, puede colegirse —volviendo a la diacronía— que se irán absorbiendo lentamente en las formas usuales del habla urbana, en parte por la influencia de las escuelas (cuya proyección es muy restringida debido a que en nuestros países la curva de crecimiento de la población es mucho más ascendente que la multiplicación —término demagógico— de estos centros de enseñanza); pero principalmente por la influencia de la radio, porque en los más abandonados rincones y en los más explotados estratos sociales del mundo actual, la sintonización de la noticia radiada parece fungir como compensatorio psicológico de muchas de las deficiencias de los sistemas económicos.

Para una lengua como la española, tan extendida geográficamente, la radioemisión en sus diversas formas llena un fuerte cometido de niveladora de tendencias, lo cual interesa de manera capital en el código de la lengua, en lo que atañe a la unidad. Pero dentro de la función expresiva del habla, la espontaneidad creadora continúa propiciando los estilos individuales y de grupo, dentro del marco de acción mayor o menor que cada uno de los planos de la lengua ofrece. En el lenguaje oral los recursos del hablante suelen estar más circunscritos a la norma social que en la literatura, que aspira, por principio, a la originalidad; por lo cual el estudio fonético interesa como estilo colectivo. En el caso del habla panameña se da la particularidad de que no obstante la escasez de la población, las influencias recibidas en el país-puente provienen no sólo de los turistas hispanohablantes, sino también de otras lenguas, entre las cuales la inglesa, por razones conocidas cuya consideración prefiero obviar, ejerce en la actualidad una presión mayor que en otras zonas geográficas también afectadas, donde una densa población constituye de hecho una gran resistencia a las lenguas invasoras.

En la actualidad, un enfoque al habla panameña de la ciudad capital revela casi como un microcosmo las diversas hablas que matizan de interés expresivo la lengua española.

ELSIE ALVARADO DE RICORD

Universidad de Panamá.